



HISTORIAS DE VIDA



DE PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE

Para proteger la privacidad de quienes generosamente colaboraron con esta publicación, las imágenes de las portadas interiores no corresponden a las personas entrevistadas.



Esta es Patricia

ESTA ES PATRICIA

Patricia es una mujer de origen mapuche y madre de un niño de cinco años. Lleva ocho años viviendo en la calle. Su caso reviste interés no sólo porque se trata de una mujer joven y con un niño pequeño a cargo, sino además porque a pesar de que presenta un cierto grado de discapacidad física y de deficiencia mental, ha logrado un desenvolvimiento autónomo que le ha permitido alcanzar importantes logros para su vida.

A lo largo de la entrevista, Patricia va mostrando poco a poco una fortaleza interior y capacidades notables. Aunque inicialmente la calidad del relato que construye es concordante con su limitación intelectual, pues es conceptualmente pobre, detallista, anecdótico y carente de análisis, en la medida que Patricia se va familiarizando con la conversación, aparece una mujer fuerte, valiente, con ideas claras, con una importante capacidad de autocuidado y con un vínculo afectivo y protector muy potente con su hijo.

En sus años de vida en la calle, ha ido desarrollando las habilidades para mantenerse ella y su hijo Joaquín, sanos y protegidos y, de escapar de los riesgos y peligros que podrían haber truncado su proyecto de vida. Todos sus esfuerzos han estado dirigidos a su mantención y la de su hijo, haciendo varios intentos de establecerse en un domicilio fijo, los que han fracasado por falta de oportunidades y apoyo. Aún así, Patricia persevera y vuelve a intentarlo una y otra vez, se mantiene firme en su proyecto de tener un lugar donde vivir, fuera de la calle.

Frente a las realizaciones que ha alcanzado y a las motivaciones y aspiraciones que la movilizan, sus limitaciones se relativizan, sobre todo cuando se comprueba que ha sabido cuidar de sí misma y de su niño, de una manera muy inteligente. Su trayectoria biográfica da cuenta de una serie de obstáculos y condiciones que han marcado un itinerario de maltrato y exclusión: no sólo llegó tempranamente a vivir sola en la capital, sino que siendo todavía una adolescente, conoció el lado más severo de la calle, una peligrosa combinación de prostitución, droga y alcohol, mismo contexto en el que nacería posteriormente su hijo.

El repertorio aspiracional de Patricia, incluye expectativas, motivaciones y esperanza como las de cualquier persona, pero en un contexto con mucho menos alternativas de soporte, por su falta de educación, la escasa densidad de sus redes, su desarraigo familiar, la debilidad de su grupo de referencia comunitario, su deficiencia física y su limitación intelectual.

PERSPECTIVA BIOGRÁFICA

“Después con lo que me pasó, cuando estaba embarazada, ahí como que (tuve) otra mente, ahí como que reaccioné”

Patricia nació y vivió hasta su adolescencia en Vilcún, comuna rural de la Región de la Araucanía, con su abuela paterna y su tío Juan, hermano del padre y, mantiene un contacto regular con sus padres. Allí pasó una parte importante del tiempo, que ella recuerda como significativo, a pesar que su infancia temprana transcurre en un contexto de pobreza, violencia y abuso.

Antes de esto, integró un núcleo familiar compuesto por ambos padres, ella y sus seis hermanos, etapa que estuvo cruzada por una dinámica familiar marcada por los continuos maltratos del padre hacia todos ellos, fuertemente provocado por su consumo abusivo de alcohol, lo que solía producir episodios críticos de mucha violencia. Posteriormente, el tío con el que vivió Patricia, intentó reiteradas veces abusar de ella.

“Si, yo me acuerdo de chica cuando tenía como 4 años que le sacaba la cresta (a la madre), la arrastraba y es que mi papá llegaba curado y se volvía loco, y le tiraba fuego a la casa y mi mamá llorando, y mi papá quemaba toda las plantas porque mi papá decía que éramos muchos y que le echaba toda la culpa a mi mamá... Porque mi mamá se dejaba tener guagua...”

Sumado a esto, la infancia de Patricia se ve interrumpida por un accidente que sufrió a los 3 años y por el cual se va a vivir con su abuela. Este episodio le genera secuelas de por vida, ya que producto de una quemadura grave pierde los dedos de la mano derecha y sólo conserva el pulgar.

“Vivía ahí porque después me enfermé, es que tuve un accidente, de chiquita me caí en una fogata y me quemé la mano, entonces a mi mamá le dio pena porque yo tuve el accidente... No me amputaron la mano, se me quemó el pelo y tengo pelado, no me creció nunca más. Con esta mano yo no puedo hacer nada y hago todo con la mano izquierda, esta mano que me ayuda a agarrar las cosas”.

La familia de Patricia no les transmitió valores asociados a su etnia, no le enseñaron el idioma y se lo prohibieron, puesto que pensaban que practicarlo conduciría a su discriminación. Aún cuando su abuela y tíos vestían el atuendo típico, se dedicaban al tejido a telar, a la agricultura y participaban de ceremonias mapuches, ella no se identifica con su etnia y no siente nada especial por pertenecer a ella. Incluso refiere que las ceremonias que ha presenciado le producen risa, al igual que el idioma.

Probablemente, este desarraigo tiene mucho que ver con la desafiliación de su grupo familiar y, con la censura inicial que su propio núcleo de pertenencia generó, frente a expresiones culturales típicas. Sin embargo, llama la atención que, a pesar del desapego inicialmente mostrado por Patricia en torno a su origen, su relato muestra señales contradictorias del “sentirse bien” siendo mapuche pero sin experimentar sentimientos demasiado claros sobre esta aparente condición.

“Bueno, es que antes se discriminaba mucho el idioma mapuche, entonces mis papas nos prohibían hablarlo... ahora no, ahora nos tratan mejor poh...”

“Mi abuela usaba chamal, se ponía trapelacucha, todo lo del traje, pero no nos dejaba hablar mapudungún... Me siento bien siendo mapuche pero no siento nada especial, sé que soy mapuche pero no siento nada, me da risa lo mapuche, sé que mi apellido es mapuche pero no me importa”.

Para Patricia, su accidente y el daño resultante en su mano ha significado un trauma importante en su vida, sin haberlo superado. Atribuye a esta condición, parte importante de la falta de oportunidades que ha tenido y, la considera una dificultad para mejorar sus condiciones de vida en el futuro. Asimismo, este hecho definió la relación distante con su madre, más allá de las características de las relaciones intrafamiliares.

“Si no hubiera tenido esto, habría sido otra y habría tenido cualquier oportunidad, porque en el trabajo de repente me cuelga la manito, y no pude trabajar y eso...”

“Mi sueño sería hacerme un trasplante de mano, no puedo hacer las cosas que quiero con esta mano, me persigo... La gente me tenía lástima, no me gusta dar lástima. Ya no me pasa, pero no me gusta que me digan inválida”

Patricia contó con el cariño y protección de la abuela, con quien vivió hasta los 10 años aproximadamente. Ella se transforma en el adulto significativo más próximo, responsable de su cuidado y crianza.

“Ella fue a buscarme a la casa de mi papá porque no teníamos para comer. Mi abuelita era cariñosa, se preocupaba por mí, me mandó al colegio, me compró silabario, me bañaba, era súper limpia...”

La abuela la manda a la escuela, recibiendo el apoyo de sus profesores para realizar las tareas escolares con su capacidad remanente. Al principio, su limitación funcional fue un obstáculo para lograr la integración al ambiente escolar, dificultando el ritmo de sus aprendizajes, no obstante logra suplir ese déficit con el despliegue de otras destrezas. Sin embargo, llega hasta segundo año de educación secundaria, pues debió abandonar el colegio por falta de recursos.

“Me internaron en los cursos básicos, primero y segundo y, ahí en el internado seguí en la escuela hasta octavo. En el colegio llegué hasta segundo medio. Después, en segundo medio, llevaba la mitad del año y mi papá no tenía plata, yo llegaba con la lista de materiales y necesitaba pasaje para la micro y a mi

papá no le daba, me acuerdo que guardaba en un chanco para poder comprarme ropa y de pronto mi papá no pudo más”.

Luego de abandonar los estudios, Patricia busca trabajo, pues a esa edad su proyecto era trabajar para ganar dinero y ser autónoma en su manutención. Después de algún tiempo de búsqueda, trabaja de asesora del hogar en Temuco pero pierde este trabajo, presumiblemente por su deficiencia física. Después de este episodio, debe regresar a su casa en Vilcún pero no logra adaptarse nuevamente a éste, ya que se había acostumbrado a la libertad y a la independencia económica temporalmente lograda. A pesar de lo breve de esta experiencia de trabajo, Patricia comprueba las ventajas que tiene la generación de ingresos propios y las bondades de la independencia que confiere no estar supeditado a otro proveedor.

“Es que yo misma quería trabajar y ganar plata, ser trabajadora, mi mente era trabajar, como que yo era capaz, entonces busqué trabajo en Temuco. Me dieron trabajo pero la señora no se daba cuenta que yo tenía esto (amputación de dedos por quemadura), porque la escondía. Entonces como que de repente la señora me dijo: ‘¡ah!, no me había dado cuenta, ¿qué te paso en la mano?’, y yo me sentí mal. Antes yo pasaba piola y hacía súper bien mi trabajo. Entonces me dijo el marido y la señora: ‘sabe que vamos a buscar a otra persona’, porque yo no podía dar vuelta los colchones y había que darlos vuelta todos los días, y yo era media lenta, había que mover la cama o el mueble, entonces me dijeron ‘no mijita’. Después en mi casa no me hallaba, porque quería andar con monedas...”

Es entonces cuando Patricia toma la decisión de emigrar de su pueblo natal, llegando a Rancagua a los 17 años. Su decisión no se sostuvo en una planificación que le garantizara condiciones de vida seguras y protegidas, sino muy por el contrario, viajó sin tener cédula de identidad, sin saber dónde quedarse y sin la autorización de sus padres. Desde ahí llega a Santiago, sin tener un lugar conocido al que referirse y sin saber a quién recurrir.

“Ellas (unas primas) venían a trabajar acá a Santiago y Rancagua en ese tiempo, y yo me enganché con ellas y me salí de la casa. A donde llegamos no me recibían porque era menor de edad y tenía como 17 años y no tenía ni carné...”

igual me dejaron pasar ahí en el campamento, y me quedé en una parte, igual ayudaba y me ganaba una moneda. Después dijeron que teníamos que irnos para la casa porque no podíamos quedarnos ahí”.

Esta migración marca el comienzo de su vida en la calle, determinado por la falta de redes y nulo conocimiento de la ciudad. Frente a desorientaciones y continuos extravíos, al no tener dónde acudir, la única opción posible era la calle. En varias ocasiones, sobre todo en épocas de desempleo, fue recogida por Carabineros o por otras personas que la llevaban a hospederías.

“De ahí me quedé, y una señora me llevó para su casa, y busqué trabajo en una agencia, mi mente era trabajar y siempre andaba en la agencia tempranito, y estuve trabajando. Ahí duré como 6 meses cuidando una abuelita, porque la señora no se daba cuenta (se refiere a su mano), porque yo estaba bien peinadita, entonces no se me notaba el defecto, como si no tuviera nada y pasó piola... Así que ahí estuve, y todos los fines de semana me daban permiso”.

“... y a veces yo me perdía al llegar a esa casa, no me acordaba de las maderas. Una vez me perdí en Santiago y me llevaron los Carabineros, ellos me llevaron al Hogar de Cristo... Me acuerdo que en Matucana caminaba, caminaba sin rumbo y me tomaron los Carabineros, y me llevaron a un hogar, algo así, me llevaron a la comisaría porque andaba sin carné...”

“Cuando llegaba la noche no hallaba a dónde partir, la única opción era la posta o me quedaba en la calle, afuera...”

“...y entonces en Mapocho anduve dando botes, estuve caminando hasta la madrugada, y vendían café y me sentaba en la plaza, y conocí a un caballero que vendía choripan y me dijo: ‘quédate a dormir porque yo trabajo hasta las 5 y media, 6 de la mañana yo me voy y quédate aquí, puedes quedarte dando vueltas por aquí nada más porque mas allá es malo’, y me quedé ahí toda la noche dando vueltas. Dormía poco, casi no dormía”.

“...una vez un pastor de los que me daban comida en la noche, me llevó a su casa, ellos me llevaron para su casa y me dieron ropa. (De ahí) para la calle otra vez”

Al referirse a los orígenes de su situación de calle, Patricia deja ver que ésta era una situación que le producía angustia y que claramente no era de su agrado, aunque a pesar de eso opta por no desistir de su decisión de radicarse definitivamente en la capital, quedándose a vivir en Santiago, a pesar de su inestabilidad. Sin embargo, esta férrea decisión de no dar pie atrás, a pesar de la incertidumbre y adversidad enfrentadas, también deja entrever que esto obedeció a la carencia de recursos personales y sociales que en ese momento favorecieran un arraigo más estable y en mejores condiciones. Se enfrenta entonces a varias situaciones de riesgo, las que hacen aparecer las capacidades de resiliencia de Patricia, que a pesar de la precariedad de sus estrategias de sobrevivencia, logra salir indemne de dichas situaciones.

“Después de vivir con mi amiga terminé en el Hogar de Cristo y de allí llegué a la calle. Yo nunca dormí en la calle, dormía en la posta”.

“Sí, yo vivo en la calle, de principio era terrible para mí, lloraba, era penca, es que cuando me quedaba dormida en el parque o en una plaza, pero igual no me importaba mucho, como que no reaccionaba mucho. La vida que uno lleva en la calle es penca, aburre la calle, y no tengo estudios ni trabajo...”

“Andaba con una bolsita con mi ropa y mis cosas, mis zapatillas, me acuerdo que me decían que fuera al Hogar de Cristo, pero es que al principio no me gustó, porque o sea había mucha gente, es que como yo era sola no me gustaba eso...”

“(...) ahora me acuerdo, después una señora me dijo: ‘porque no te vas a la hostería de mujeres en Avenida La Paz, para que no termines en la calle sola’, me dijo: ‘yo misma te puedo llevar’, y me llevaron y ahí toqué el timbre y ahí llegué. Estuve como 15 días o un mes y me fui de nuevo”.

Este período es determinante para su vida, puesto que comienza a relacionarse con personas en su misma situación, es decir, que provienen de regiones, que deben centrar sus aspiraciones y metas de corto plazo en conseguir un trabajo que les permita sobrevivir, que desempeñan oficios ocasionales o trabajos altamente inestables para ellos, que trabajan y viven en sus trabajos o arriendan piezas de manera temporal, entre otras circunstancias. Estas personas son

las que la introducen en lo que ella llama “*el ambiente*”, que se refiere a un estilo de vida caracterizado por el consumo abusivo de drogas y alcohol, la prostitución, la promiscuidad y vinculaciones con el mundo de la delincuencia. Sin embargo, en esta etapa Patricia echa mano a sus capacidades resilientes y permanece incólume a pesar de la hostilidad de su contexto.

“Venía a Estación Central y ahí conocí amigos, a las chiquillas, entonces como yo era jovencita, yo no era gorda, era delgadita... No me acuerdo (dónde pasaba la noche), pero dormí como dos veces en la posta, y después al otro día al trabajo. Después le expliqué a mi patrona, es que ella me daba consejos, me trataba como una guagua, pero es que yo era súper pava, entonces le dije que el fin de semana no tenía para dónde ir de repente, y me dice: ‘ah!... sale a dar una vuelta y después vuelve para acá’, entonces yo salía y después volvía. Ya después me gustó el ambiente, las cabras que iban a las discotecas a bailar y entonces así fui conociendo.... Y entré al ambiente”.

“Me quedé en la casa de mi amiga, entonces salíamos a bailar y me llevaba a no sé qué parte, pero el hecho es que ella tomaba, le gustaba el trago. A mí no me gustaba, o sea, tomaba pero tragos cortos, porque no tenía costumbre, y bueno, ella hacía todas sus cosas, pero ella nunca me dijo ‘toma’. Fumaba, hacía muchas cosas, pero a mí no me obligó nunca, porque a nadie se lo ponen a la fuerza”.

“Mi amiga me dijo ‘mi amigo nos invitó, vamos a comer’, y qué sé yo. El caballero vivía solo, era como cuarentón (...) ella se puso a tomar con él, entonces ahí al caballero, como que lo encontré medio raro, y ella dijo: ‘voy a quedarme’, y el caballero me miraba mucho a mí, y mi amiga le puso mucho, y yo como que estaba dando bote sola (...) después me empezó a dar un miedo y dije: ‘no me voy a quedar aquí’, y el hecho es que salí y caminé, y pregunté no sé cómo, yo siempre preguntaba, andaba con unas monedas y tomé una micro que me trajo a Mapocho (...)”.

A pesar de haber estado tempranamente vinculada a patrones abusivos de consumo de alcohol y más tarde en la calle, a circuitos donde éstos existen y son consumidos en abundancia, Patricia tiene una conducta de autocuidado muy determinada. No fuma y no tiene problemas con la bebida. Su relato da

cuenta de una conciencia férrea sobre los riesgos que esto acarrea y las consecuencias que puede traer.

“De repente me he tomado una caña pero no tengo vicio (...) He tenido amistades, he estado con todas mis amistades de la droga, de la pasta, del copete, pero yo nada. Es que yo siempre me cuidaba porque pensaba que si llegaba a eso, ahí iba a ser terrible”.

En adelante, Patricia buscó trabajo varias veces, generalmente de asesora del hogar, pero no logra un trabajo estable, atribuyendo este hecho a la dificultad de su mano, aunque también explica sus renunciadas con situaciones relacionadas con intentos o abusos manifiestos, o simplemente a que se aburría. Este circuito de inestabilidad, trabajo temporal y precariedad, va prolongando sus tiempos de estadía en calle, con intervalos en los que vive con amigas, en hospederías o con una pareja ocasional, aunque después de cada uno de esos episodios siempre vuelve a la calle. Estos vaivenes van contribuyendo progresivamente a la normalización de la situación, de manera que la alternancia entre residencias temporales y calle, va transformándose más que en una coyuntura, en un estilo de vida.

“Después como que lo dejé (el trabajo) porque parece que me junté con una amiga y me fui a su casa, y como no tenía mucha importancia y ya tenía plata, me salí del trabajo. Me fui no más, lo perdí (...)”

“Después me conseguí trabajo en el supermercado, ahí en el EKONOMAX, ahí duré dos meses (...)”.

“Es que me fui a cuidar una abuelita en Matucana que ya estaba en la cama, y ahí duré un mes, porque la abuelita era mañosa y me retaba, me decía que la comida estaba mala o que estaba muy caliente”.

Luego de este tiempo, Patricia conoce al padre de su hijo. La relación que sostiene con él, estuvo marcada por el desafecto y, su vivencia del embarazo se da prácticamente sola pues no logra el apoyo y participación de su pareja en ningún aspecto. Incluso más, éste termina por negar su paternidad, arguyendo infertilidad. Aún cuando ella vive un tiempo con él, éste finalmente la abandona.

na. A partir de ese momento, las estrategias de producción de subsistencia de Patricia, se orientarán a la mantención de ella y su hijo y prácticamente sin ninguna red de soporte.

“Era un cabro que conocí y me gustó, en una fiesta, y salimos (...) él arrendaba un departamento, yo salía con él y ya después quedé embarazada y me dijo: ‘yo no puedo tener hijos’, él era estéril o algo así, o sea nunca tuvo hijos y ¿¡pero cómo?!?’, y yo le rogaba al loco (...) le decía que qué iba hacer con la guagua, que no tenía dónde ir, entonces él me dijo: ‘ah’, cuando nazca la guagua ahí le vamos hacer el ADN porque yo soy estéril’, que cómo él podía tener una guagua si le dijeron que era estéril, porque antes tenía mujer y nunca tuvo hijos, y así que (...) Si, yo me quedaba con él, es que él trabajaba en la tarde, y entonces cuando yo llegaba él no llegaba, y estaba todo cerrado y entonces me conseguía alojamiento en una colchoneta, y no llegaba y, después de tanto me aburrí, y entonces no lo encontraba, semanas que no llegaba, a lo mejor se fue, entonces ya después me aburrí y no fui más (...) él no llegaba, me daban las ganas de enterrarme un cuchillo, no sé...”

Patricia vivió momentos de profunda crisis y confusión en su período de embarazo y parto. Sentía miedo por no saber a quién recurrir y pensó en la adopción como solución. Aún en esta situación de desprotección, Patricia accede a los cuidados de salud que requiere y busca la forma de vivir en un contexto más seguro. Finalmente, influenciada por otras madres para la construcción de un sentido de maternidad que la conecte con este nuevo proyecto, decide quedarse con su bebé, porque verlo despertó en ella sentimientos de amor que le fueron agradables, lo que favoreció rápidamente el apego temprano con este inesperado hijo.

“... pero después con lo que me pasó, cuando estaba embarazada, ahí como que (tuve) otra mente, ahí como que reaccioné. Antes, para mí que yo como que era un pájaro... desde el principio tomaba pastillas, quería hacer aborto y no me comía nada, y entonces tomaba mucho medicamento. Y en el consultorio me atendió la asistente social y ahí le expliqué, me dijeron ‘tantos meses de embarazo’ y me contaron que habían hogares para embarazadas: ‘ahí te podemos ayudar si no tienes dónde ir’. ¡Ah! Y embarazada también dormía en la posta, y estaba gordita para el año nuevo, caminaba en el día, a veces ni comía”.

"... ahí también me encontré con unos evangélicos, se me notaba la guatita, y yo ahí le expliqué que de repente me sentía mal, me dolía la guata, y me decía: 'por qué no va al Hogar de Cristo', y eran ellos los que me nombraban el Hogar de Cristo... No, no me gusta el Hogar de Cristo, 'pero cómo puede dormir aquí en la posta, ¡esta embarazada!' (...) Y me dijeron: 'ya, te vamos a llevar a Vitacura, ahí te van a bañar y vas alojar y mañana ¿te gustaría que te lleváramos al hogar así... que te ayudáramos?', entonces me llevaron para su casa y ahí me dormí, y me dieron ropa".

"...entonces yo no tenía para donde partir... en mi mente tenía darlo en adopción, y tenían que hacerme una entrevista ahí en el hogar de embarazadas, ellos mismos me llevaron en el auto y les conté que vivía en la calle y que no tenía dónde estar y me preguntaron qué iba hacer con la guagua, entonces les dije que no sabía qué hacer, que necesitaba una ayuda.

Ya después en Maipú me sentí más bien, porque no podía salir a la calle y tenía que ir a los controles y ahí nació el Joaquín, lo tuve en el San Borja y ahí era otro tema...

Ahí desde el principio me encantó, y me mostraron la guagua y después se lo llevan para bañarlo (...) y ahí la besé, la vi y era blanquita y chiquitita, me la mostraron, me la pusieron encima y yo la miré no la abracé ni nada, y después entonces se la llevaron para recuperarme, y ahí llegó el Doctor Fuentes, y me dijo: '¿quieres que te traigamos la guagua o has pensado darla en adopción? hay que firmar un papel para no mostrártela, para no traértela o para que le dieras pecho, y te vamos a llevar arriba para recuperarte' me dice, y ahí me dejaron, 'porque va a venir en un ratito una señora', y había gente, todas con su guagua, y me decían: 'no te va a faltar ayuda, ya, te puedes ir con tu guagüita'.

Y después vinieron y me dijeron: 'sí o no', dije: 'no' y cuando dije no, ahí me la trajeron al tiro para darle pecho".

Este episodio tiene un valor biográfico inestimable porque instala en ella un sentido de responsabilidad distinto al que había conocido estando solamente a cargo de sí misma. Enfrentada a la encrucijada de evitar más complicaciones cediendo a su hijo en adopción, o asumir con mucha incertidumbre su nuevo

rol de jefa de familia, Patricia asume una mayor conciencia respecto de lo que ha sido su vida, aunque a la vez le imprime un sentido de compromiso que se instala como el motor más potente de sus decisiones y motivaciones.

Luego de tener a Joaquín, ella continúa trabajando en casas particulares con su hijo, donde pasa momentos de mucho cansancio y dificultad. Es sintomático cómo ella hace síntesis de esta etapa, aludiendo al momento en que el niño tenía alrededor de un año: no sólo siente que se le hace demasiado pesada la carga de tareas y responsabilidades, sino que se arrepiente de no haberlo dado en adopción, aunque como ella misma rememora, esto no pasó de ser un pensamiento en estado de crisis, evidentemente motivada por contextos de alta exigencia y sin redes de apoyo que la ayudaran a enfrentar con menos costos personales esta difícil etapa.

Las intervenciones externas que sirvieron para sobrellevar episodios críticos, se dieron casi exclusivamente a la hora del parto y en el marco de las respuestas formales de asistencia del sistema público de salud, más algunos apoyos recibidos de parte de organizaciones civiles dedicadas al auxilio temporal de mujeres en situación crítica y en situación de alto riesgo por su gestación y posterior maternidad. Sin embargo, el relato de Patricia es claro en demostrar que esas intervenciones coyunturales sirvieron para aminorar riesgos manifiestos en episodios breves de su vida, pero cuya discontinuidad marcaron retrocesos significativos que les llevaron indefectiblemente a la calle como único espacio posible de habitar. De igual forma, es patente la falta de solidaridad de sus redes coyunturales más próximas, que si bien sirvieron como oportunidad de empleo temporal, no tuvieron ninguna consideración particular por la situación de vulnerabilidad de Patricia y su hijo, al punto que su propio trabajo era precariamente compensado.

En cualquier caso, los circuitos de apoyo y asistencia que fue encontrando en el camino, se caracterizan por el rezago y tramitación de sus tiempos de respuesta. Considerando que se trata de una mujer con un niño de escaso tiempo de vida, la expectativa normal hace pensar en dispositivos auxiliares de rápida reacción, en virtud de la evidente exposición en la que se encuentra una primigesta, con su hijo de días y en situación de calle.

“Después, cuando ya estaba, se me complicó al año, tenía que apechugar no más... Porque me complicaba mucho, de repente no tenía para comer, andaba en la calle ya de guagüita, me fui al hogar y me recuperé en los dos meses que me tuvieron ahí, y de repente llegaban señoras que me pagaban una miseria con guagua, entonces de repente llegó una señora, siempre le interesé, me fui con la guagüita, y ahí estuve dos meses, después se enfermó, que tenía cólicos, no dejaba dormir en toda la noche, y tuve que llevarla a urgencias, yo le daba pecho y como era guagüita, uno no sabía lo que tenía y lloraba toda la noche, y no tuvieron paciencia (...) entonces me dijo la abuelita ‘no dormimos en la noche, así que mejor que se vaya’, algo así y, me fui para la calle”.

“Y ahí la tía (del hogar de embarazadas), como yo nunca hice problemas, siempre fui atenta, me dijo: ‘ahí podías estar dos meses, y ya no puedes porque ya tuviste a la guagüita’, y hablaron y ‘que se venga para acá con la guagua’, estuve como 1 o dos semanas y en eso llegó una señora, y ahí me mandaron para San Bernardo, y ahí llegué a cuidar a dos niñitas y quedarme a alojar y tenía un hermano solterón cuarentón. Y ahí tenía que hacer el desayuno, levantarme temprano, y éste (Joaquín) dormía todo el día, no tenía problemas, era llorón en la noche, entonces no me dejaba dormir, yo casi no dormía o dormía sentada, y a las 7 tenía que estar de pie para darle desayuno a las niñitas...”

“Y de ahí me fui y llegué al Hogar de Cristo, pero no me recibió enseguida porque estaban llenas las camas, y me dio un papel para que me fuera a (...) con mi guagüita en brazo, y ahí me quedé, y también trabajé con una señora que conocí y me daba comida, la ayudaba, entonces con esa plata se la mandaba a las tías, y ya después me dijeron que me podía quedar, y cuando cumplió el año, las mismas tías me ayudaron a mandarlo a una sala cuna para no andar en la calle.... Para no andar hasta las 7 de la tarde y llovía en el invierno y yo para la calle no más, así que cuando no tenía trabajo vendía pañuelos, parches curitas...”

Luego de que Patricia llega al Hogar de Cristo, comienza una etapa en la que trabaja firmemente por salir de la calle, por ella y por su hijo. Asume el desafío de vivir sola, acogándose a un programa de la Fundación de Beneficencia que ayuda a las personas a arrendar, acompañándolas en el tránsito hacia la autonomía. Este primer intento de cumplir con su deseo de vivir en forma

independiente fracasa, porque no puede producir los ingresos que necesitaba para cumplir con su compromiso de aporte. Desde entonces se dedica a lo que será su oficio hasta el día de hoy, el comercio de “cachureos”. En estos pasajes de su historia, Patricia muestra claramente sus intenciones y ganas de vivir de su trabajo y salir definitivamente de la calle.

“Desde que nació Joaquín, después me fui para el Hogar de Cristo, estuve harto tiempo allá y quería juntar mis monedas, y la asistente social me dijo: ‘¿eres capaz de arrendar?’, entonces en el mismo Hogar de Cristo me dieron... Y yo me vine para acá (este sector), igual me complicó porque me atrasaba mucho, nunca el mes completo, igual la señora me entendía...”

No pude juntar plata para mi casa, para poder tener un techo, porque o sea no tengo una vida como debo, ando de arriba para abajo, ando cachureando sin ningún futuro, porque si tengo al menos un techo, no pago arriendo e igual tengo un poquito de ayuda, pero después voy a tener mi casa...”

Y no me alcanzaba, de repente igual iba a hacer aseo el fin de semana, pero quedé sin trabajo y no tenía para estar pagando...”

LA EXPERIENCIA DE LA FAMILIA

“Es que no nos dieron consejos, es que nos criamos así como animales”

Patricia proviene de una familia rural mapuche, en la que según ella misma refiere, el maltrato constituyó la forma de relacionarse entre abuelos, tíos y hermanos. Su abuelo maltrataba a su abuela, padre y tíos; su padre no habla con sus hermanos y, ella a temprana edad es víctima de intento de abuso sexual por parte de un tío paterno, producto de lo cual se generan conflictos familiares que terminan perjudicándola a ella, gatillando la forzosa e involuntaria separación de su abuela. Ella atribuye a este hecho la enfermedad y muerte de quien hasta ese momento había fungido como su principal – y en ocasiones único – referente protector.

“Julio (abuelo paterno) era malo, eran personas violentas y las mujeres esclavas, mi abuela era delgadita, flaquita, blanquita, se separó de mi abuelo”.

“Yo le conté a mi mamá lo de Juan (el tío abusador), ella le contó a mi papá, y empezaron a visitarme menos. Un día vino mi papá, se agarró con Juan y con la abuela, Juan lo negó, hubo una pelea, y me fueron a buscar y me llevaron. Yo echaba mucho de menos a mi abuela pero no me dejaban visitarla. Mi abuela se murió cuando yo tenía 13 años, parece que de pena por lo que me pasó a mi con el Juan...”

“Por eso somos medio... no somos muy cariñosos, porque mi papá nos maltrataba mucho psicológicamente... a todos. Mi papá nunca nos dejó jugar con una muñeca, yo conocí la pelota cuando grande, no tenía ningún juguete, y me acuerdo que mi papá le pegaba, se sacaba la correa... Y después parece que mi hermana mayor quedó embarazada o algo así, y fue madre soltera, y ahí mi papá la quiso matar y esa guagua que tuvo mi hermana, nunca la dio (en adopción). Mi papá lo crió, o sea tiene el apellido de mi papá”.

Sin duda, uno de los vínculos tempranos de mayor precariedad y deterioro es el que mantuvo con su madre, con la que Patricia mantiene distancia y algo de rencor, ya que le atribuye responsabilidad en el accidente que produjo su discapacidad. Probablemente esta asociación sea el corolario de una serie de otras carencias, que denotan fuertemente la ausencia del vínculo maternal de protección y cuidado.

Esta desprotección habría vulnerado aún más la frágil condición que Patricia mantenía al interior de su familia, aunque la ausencia de la madre respecto de tareas propias de la crianza, son vistas por ella como renunciadas producidas por la exigente cultura de sobrevivencia que obligaba a sobreponer el trabajo, a una presencia más cercana con los hijos. La carencia principal que es acusada en el relato de Patricia, tiene que ver con la construcción de vínculos de afectividad y confianza que son vistos como una ausencia crítica en competencias valóricas y capacidades afectivas.

“Es que no nos dieron consejos, es que nos criamos así como animales, yo me acuerdo... y mi mamá nunca, o sea mi mamá preocupada del campo, de la comida, araba... pero nunca una conversación de hija, como que cada uno en su onda...”

“Sí, es que a mi mamá le tengo un poquito de rabia de repente, sí... mi mamá no me cuidó, me quemó, por lo que me pasó es como que le tengo algo... No, no me quemó pero no me cuidó. Ella me dijo que salió, me dejó amarrada, o algo así, y cuando fue yo me estaba quemando, pero si mi mamá me hubiera cuidado yo no estaría así y trabajaría en lo que sea... pero con lo que me pasó...”

La desvinculación familiar temprana, la migración precoz y posterior radicación en la capital, generaron un distanciamiento prácticamente definitivo de su núcleo familiar, ya que hace más de 15 años que Patricia no visita la casa paterna. La única aproximación más decidida se produjo cuando nació su hijo, ocasión en la que intentó pedir ayuda a sus padres, proponiendo la posibilidad de regresar allá con el niño, pero el padre la rechazó. Este episodio muestra con mucha elocuencia de qué forma se reproducen los patrones de aislamiento y exclusión de las personas, pues las redes familiares a las que podrían teóricamente recurrir en contingencias críticas, no siempre están disponibles, lo que acentúa la indefensión de quienes no tienen recursos propios para reponerse a esas contingencias.

“Cuando tuve al Joaquín, llamaron unas tías y hablaron con mi papá y mi papá dijo: ‘no, que ella ya salió, es que no tiene marido, cómo se le ocurre tener guagua’, y que ya era mayor de edad y que me las arreglara sola, porque allá mi papá también estaba mal”.

Desde entonces ella se ha mantenido desvinculada de ellos, excepto con un hermano con el que se encontró casualmente y que vive en Colina y con el que sólo mantiene contacto ocasional. La desintegración de las redes parentales y familiares, lejos de representar solamente un quiebre biográfico, da cuenta de cómo se van configurando condiciones de larga duración que clausuran a la familia como una oportunidad para abandonar la situación de calle, no sólo

porque ésta no está disponible para acoger a sus miembros en situaciones de crisis sino porque tampoco ofrecen apoyos transitorios que apoyen iniciativas o procesos vinculados al abandonar la calle.

"... es que somos 7, andamos fuera yo y mi hermano, pero con mi hermano o sea de repente de casualidad me lo he encontrado en el centro y nos chocamos, y yo lo quedo mirando y él me queda mirando y ese día justo había protesta y ahí nos saludamos..."

No, o sea sí para saludarlo igual que mi hermana, él vive su vida y yo la mía porque somos de hola y chao, y con mi hermana menor si que no tengo contacto, y mi hermano me contó que tiene un buen esposo, casa (...) Si, lo quiero, pero se que es mi hermano y nada más, o sea yo ya aprendí a crecer sola..."

Mi hermana mayor vive en Temuco y esta casada, vive con su marido, no tengo relación con ella".

Respecto a la relación con su padre, ella manifiesta que lo quiere y que quisiera volver a verlo. No es de extrañar que, a pesar de las situaciones de violencia, maltrato y abandono, vividas en la niñez, Patricia añore la recuperación de un vínculo afectivo tan importante para la construcción de su identidad. Esta situación indicaría que la restitución de vínculos parentales es siempre una oportunidad por explorar, pues aunque no necesariamente represente la posibilidad de retornar al hogar de origen y abandonar la calle, puede reportar satisfacciones subjetivas, simbólicas y afectivas que las personas internalizan en su repertorio personal. Así, la opinión de los propios sujetos vuelve a relativizar prejuicios externos que hacen suponer que quiebres tempranos en las relaciones familiares, anulan definitivamente la posibilidad de construir nuevas relaciones con quienes en el pasado resultaron ser los principales expulsores del hogar.

"Si, algún día cuando esté bien mi situación quiero ir a ver a mis papás (...) Si, yo a mi papá lo quiero, (a la mamá) Si, igual, pero tengo la idea de arreglarme un poco e ir a ver a mi papá...lo hecho de menos (...) No, no era bueno, pero es que mi papá me gustaría que cambiara, era tan bruto y entonces yo... Claro, si igual es mi papá".

VÍNCULOS AFECTIVOS ACTUALES

“... No, no tengo amigas, son conocidas, compañeras, porque amiga, amiga no, son puras compañeras...”

Patricia ha encontrado apoyo en personas ajenas, que hoy pertenecen a su red de pares. Las personas que ahora resultan significativas, son aquellas con las que mantiene mayor cercanía en la cotidianidad y con quienes comparte sentidos asociados a la producción de subsistencia. Ella describe una red operante de protección y solidaridad entre las personas que trabajan vendiendo en La Vega con ella. Aún así, ella es una persona más bien solitaria, no refiere relaciones muy profundas con nadie en particular, excepto con una amiga que aparentemente es más significativa para ella.

“Yo generalmente me encuentro con más cariño con la gente ajena, gente extraña que me han ayudado, y de repente he encontrado mas apoyo que en mi propia familia, o sea con la persona ajena (...) Son vecinas o amigas, tengo una amiga en Quilicura que es como si fuera mi hermana mayor, y que cuando estaba mal y no tenía para comer en mi pieza, o sea ella me decía: ‘ven a mi casa’, se llama Natalia. Ella también es del sur, pero de mas allá y ahora ella tiene una casa, una pareja, bajo techo, tienen una guagüita. La conocí en la calle vendiendo artesanía y yo me junté con ella, porque ella le hacía a la droga y al copete y siempre sabía todo de la vida...y siempre apoyándome, no dándome plata sino que emocionalmente”.

“Tengo amigas igual que yo, de La Vega (...) se llama Anita, y también vende (...) los mismos que venden ahí, son varios, igual me pasaban a llevar pero todos me defendían, uno que se llama Juanito, él es el que me defiende, es buena gente”.

“Me llevo bien con ella (la dueña del lugar donde arrendaba) va para La Vega a verme, me dice que vuelva pero yo quiero mi casa para que mi hijo tenga algo, él no tenía ningún futuro donde yo estaba arrendando... ella le fue tomando cariño al Joaquín”

“(Refiriéndose a la hospedaría donde pasa la noche)...Las tías igual. No es muy bueno tampoco, pero igual como si fueran mi familia (...) no me gusta el ambiente, porque de repente llegan personas súper humildes, pero a veces llegan mujeres de todo tipo, de repente que se encuentran por ahí, enfermitas, una más chora, de repente que llegan más agrandadas, de todo llegan... No, no tengo amigas, son conocidas, compañeras, porque amiga, amiga no, son puras compañeras...”

La pérdida de los vínculos familiares sigue siendo un motivo de dolor para Patricia. A pesar que ya ha pasado tiempo desde que perdió contacto con su núcleo más directo y, pese a que en la nueva vida que lleva, trabajando y viviendo en el circuito de la calle, ha encontrado afectos sustitutos de enorme importancia para ella, aún resiente la ausencia de relaciones parentales y afectivas propias. Cuando se aborda este tema con Patricia, se ve visiblemente emocionada, deja salir mucha de la tristeza que lleva dentro, atribuida principalmente a la situación de no tener un hogar y, sin duda, al hecho de contar con referentes parentales y familiares con los cuales mantener algún tipo de contacto.

Si, igual porque yo me siento sola, o sea no se me nota pero adentro... pero no ando lloriqueando e igual tengo dolor adentro (...) No... la situación que llevo, como se dice en buen chileno “siempre ando empiojando”, o sea no tengo un capital, o sea yo siempre me las arreglo, tengo que andar buscando, consiguiendo, no hay una persona que me ayude...Eso, la soledad.

... pero yo igual soy fuerte porque yo a veces exploto y digo: “¡pucha!” y lo tiro todo, y después... o sea yo no dejo de lado a mi hijo, encerrado en la pieza como otras mamás que los dejan encerrados, y si voy a la esquina voy con el cabro chico, y una amiga me decía: “pero déjalo, tienes que dejarlo”, me invitaba, pero como yo iba con el cabro chico...

Las relaciones de pareja de Patricia han sido altamente insatisfactorias y con mucha presencia de maltrato, por lo que en sus proyecciones, la idea de tener una pareja no aparece como meta. Según ella misma declara, las malas experiencias que ha tenido en este ámbito de sus relaciones y afectos más cercanos, la ha llevado a descartar la posibilidad de consolidar un proyecto

de pareja, básicamente porque no confía en los hombres y porque ha perdido la esperanza de encontrar un compañero con quien hacer una construcción biográfica compartida. Por lo mismo, se visualiza sola con su hijo en el futuro. Si la posibilidad de una pareja fuera posible, ahora se plantea como una opción condicionada, ya que sus relacionadas accidentadas del pasado, con la secuela de dolores y traumas que ellas han generado, también han producido aprendizajes vitales que hoy son parte del trato que debería definir una nueva relación.

“No, yo ahora igual tengo un poco de miedo, pero igual estoy contenta por una parte que estoy encontrando mi casa, pero yo voy a vivir sola, pero es que ya estoy con mucho maltrato, porque yo como que le tengo odio a los hombres, igual he tenido muchos amigos y me han salido pololos, pero es que yo igual veo mucho al Joaquín, que no lo traten mal”

“Yo ya tuve una pareja... Sí, una paraje que tuve y que estuve viviendo con él, casi un año, con Joaquín (...) Mal, porque era machista, al principio cuando yo estaba en la (hospedería) Francisca Romana, él me sacó de ahí y como aparentaba pero no era, como yo estaba necesitada y me hablaba que tenía planes... yo trabajaba los domingos en pleno frío...Lo conocí en la calle, yo andaba en la calle pero vendiendo, y él como que estaba paseando y le compraba leche al Joaquín y me invitaba a comer...”

No, nunca me enamoré, o sea después pololeé con él, y como necesitaba cariño me aferré, yo me sentí con un apoyo con él, como si fuera mi papá porque era mayor que mi como 10 años y entonces era bien caballero, elegante, bien vestido y yo sentí un apoyo. Estaba contenta, con este voy a surgir, pero...

No, es que igual me decían tonta, me celaba y no quería que tuviera amistad más que él, y así, y yo tenía que dejar todo... él me decía que no tuviera esa amistad... Sí, y me llevaba a otros lados, y ya cuando me empezó a retar y yo lo corté y le dije que no quería mas con él, y ahí cuando le di la cortada me pegó... es que yo era súper pasiva, piolita no decía garabatos y le corté y él me seguía... me iba a buscar a la Francisca Romana y las tías me llamaban la atención...

Como sucede con muchas personas en situación de calle, la trayectoria biográfica de Patricia incluye varios episodios que aparecen como intentos fallidos de conformar familia y lograr una situación más estable. La opción más promisoría estuvo dada por una pareja que, además, ofrecía la posibilidad de armar un proyecto residencial de más largo plazo y con redes de soporte para estabilizar su mantención, la de su hijo y, participar de la vida económica. Sin embargo, la violencia de género rompe la posibilidad de consolidar un proyecto familiar propio, no sólo por el sometimiento a continuos maltratos físicos hacia ella sino también por el peligro inminente que eso representaba para la integridad de su hijo. Frente al forzado abandono del incipiente nuevo hogar y, dada la carencia de redes propias a las que echar mano en estas contingencias críticas, retornar a la calle aparece como la única opción.

“Vivíamos en la casa de la madre de él en Renca y la familia de la mamá, y caí bien, y él era el malo, y la mamá me contó que tenía un hijo grande y que era separado. Trabajaba de guardia (...) Yo cocinaba y limpiaba, y ahí de a poco después metí al Joaquín en sala cuna en Renca, y yo quería salir a hacer mis cosas porque no estoy acostumbrada a estar ahí, a hacer aseo en casas o ayudar en La Vega (un restaurante), y a Joaquín me lo soltaban a las 7 de la tarde y él no me dejaba...yo igual quería aportar, comprar el pañal a mi hijo... Es que siempre he sido independiente, entonces un día que me atrasé un poquito me pegó y me dejó el ojo morado, era enfermo de celoso... él le hacía a la marihuana, es que él tenía trauma porque su mujer lo dejó por otro hombre, si conmigo hasta el baño me perseguía...”

“Yo empecé a defenderme, la misma hermana me dijo, y me tenía encerrada con llave y me llevaba la comida, porque tenía un moretón en la cara... y me pegaba cachetadas fuertes y me tiraba al suelo, porque yo era delgada... Y me celó con el hermano porque me dio un vaso de bebida. Yo después me fui, me escapé y después se ponía a llorar... fue persiguiéndome, preguntando por mí a mis amigas y amigos y hasta allá llegó, es que me fue a buscar, fuimos a otro lado y allá me pegó y metió a la dueña, quedo la escoba y la señora llamó a los carabineros, y fue porque yo lo agarré a patadas y lo rasguñé y en la comisaría lo denuncié”

“(...) Le tenía miedo porque me decía que me iba a matar y ya después le perdí el miedo y yo misma que si me quería matar tenía que hacerlo al tiro (...) Me sentía mal y lloraba y después lo perdonaba y me fue a buscar varias veces... es que yo era súper atontada y ya, estuve un buen tiempo en el Hogar de Cristo, porque mi meta era arrendar y salir de la hostería, y me ayudaron con la dentadura porque como me pegó me rompió los dientes (...) me libré de él cuando lo demandé”.

La herencia de la historia de maltrato y abandonos que marcan buena parte de la vida de Patricia, la hacen enfrentar la posibilidad de construir una nueva relación de pareja, como una alternativa remota. No obstante sabe que la condición de posibilidad para que esto se consolide, es que su nueva relación se base en el *respeto*, encarnado en la figura de la ausencia total de malos tratos y en la abstinencia de consumo de alcohol, mismo que en el pasado fue causa principal de la violencia ejercida por otros sobre ella.

Si pero o sea con una persona que sea educada, un hombre educado, un caballero si, que no sea bueno para tomar, no me gustan los hombres que tomen porque con mi papá les tengo terror y me han salido hartos y yo les digo que no, porque no puedo tener uno así.

LA RUTINA DIARIA DE LA CALLE

“yo estoy acostumbrada, porque cuando vivía en la calle había días enteros que no comía, de repente en la noche comía”

Patricia pernocta con su hijo en la hospedería Francisca Romana, en una pieza que comparte con otras tres mujeres. En dicha hospedería, cuenta con unas bodegas donde dejan sus pertenencias en custodia temporal. En este lugar, se les permite lavar ropa y, cuando abandonan la hospedería al día siguiente de pernoctar ahí, deben sacar todas sus cosas y volver a guardarlas a su regreso al final del día. Sin duda, contar con una opción de albergue temporal para

pasar la noche, en espacios protegidos, seguros, confortables y con altos estándares de dignidad para las personas albergadas, es un recurso inestimable para personas de calle, en particular para las mujeres y más todavía si tienen niños a su cargo. Es destacable la notoria preocupación por acceder a este tipo de instalaciones, que sin duda ofrece perspectivas de confortabilidad difíciles de encontrar en la calle, como baño, ducha, lavandería y cama, servicios que varias instituciones prestan, aunque por lo general a público cautivo y de baja cobertura en relación al total de personas que transita habitualmente en calle y que requiere de instalaciones de esta naturaleza.

Testimonios como el de Patricia y, como ella, el de varias mujeres que transitan por dispositivos residenciales nocturnos, muestran que es posible que estos recursos contribuyan a la normalización de la vida práctica, resolviendo aunque sea de manera transitoria, la dificultad de no poder funcionar durante el día si no se ha contado con un lugar adecuado para el descanso nocturno, la higiene personal, el lavado de la ropa y las comidas esenciales del inicio y término de la jornada.

Sin embargo, la materialidad de los recintos y la accesibilidad de instalaciones y servicios, sólo cubre una parte de la dinámica en calle que se da en hospederías, albergues y residencias. La otra parte, está dada por las definiciones que buscan regular relaciones y prácticas en los espacios de uso común que, así como pueden convertirse en espacios importantes para la solidaridad, el afecto y la reciprocidad, también presentan, en ocasiones, amenazas y conflictos para las personas. El establecimiento de normas objetivas, reconocidas por los residentes como una condición ineludible de su permanencia en estos recintos, aparece como requisito indispensable para asegurar una dinámica social sostenible en estas comunidades transitorias que se sustentan no sólo en quienes generan las oportunidades y prestan los servicios sino también en las prácticas colaborativas de sus hospedados.

“Pagamos \$100 la cama en la noche, es limpiecita, higiénico, todo cómodo, pero de repente llegan personas que ellos mismos lo echan a perder”.

“Tenemos bodegas, o sea todo guardamos en bolsa, o sea cuando llegamos tenemos que sacar del bolso la ropa, algo para el niño, lo que uno va a lavar,

después hay que guardarla y en la mañana hay que sacarla de nuevo y en la noche guardarla”.

“A las 10 (se van a la calle) porque nosotros hacemos aseo, tenemos que cooperar, limpiar el baño, la cocina o el pasillo”.

“Con esta vida que llevo, ando con los cachureos que tengo de arriba para abajo y es como que de repente me explotan, porque todos los días ando para arriba y para abajo, de repente a los que tienen permiso los dejan, y hay que guardar las cosas y salir (corriendo), entonces yo de repente me pongo a llorar, sobre todo cuando arrendaba, porque todos los días en la calle, y llegar en la noche nada más a dormir... Si pudiera me conseguiría un trabajo más liviano...”

La rutina en la calle tiene expresiones muy diversas. Desde luego, quienes no están vinculados a centros de estadía diurna, dedican parte importante de sus esfuerzos a desarrollar estrategias para sobrevivir, existiendo en ello una vasta expresión de heterogeneidad, pues así como hay personas que no tienen ocupación definida más que el *macheteo*, otras, en cambio, desarrollan actividades u oficios que representan su fuente de ingresos. Cuando la percepción de necesidad se refiere básicamente a alimentación y abrigo y éstas se encuentran relativamente cubiertas, entonces el tránsito en calle es más incierto, las rutinas son más improvisadas, las funciones básicas se cubren a voluntad y en la medida que el contexto ofrece recursos y posibilidades, los rituales esenciales como las comidas diarias, también se vuelven prescindibles en términos de su habitualidad.

Es destacable la composición de estrategias que personas como Patricia realizan a diario, pues desarrollan las destrezas relacionales suficientes como para mantenerse vinculadas a instancias que se dedican a asistir a personas de calle, en particular con la provisión de alimentación y opciones de albergue. Pero también, se sentido de la auto eficacia las motiva y compromete con otras rutinas prácticas donde no sólo se pone a prueba la capacidad para resolver temas de sobrevivencia, sino también el ejercicio de la corresponsabilidad. Esto se expresa con mucha elocuencia en los esfuerzos que Patricia realiza a diario, tanto para reunir el dinero con el que hace su aporte para pernoctar en la resi-

dencia que frecuente, como para asegurar la cobertura de las necesidades de alimentación de Joaquín.

La hostilidad de la calle, la necesidad de tener respuestas eficaces para asegurar su subsistencia y la de quien depende directamente de ella, llevan a Patricia a postergar sus propias necesidades esenciales. Su sentido de protección hacia otro, ha desarrollado en ella una orientación a la tarea que le otorga satisfacciones subjetivas importantes, aunque desde luego esto demuestra que el costo personal de administrar precariedad y estar al cuidado de otra persona, es aplazar el cuidado personal, con el consecuente riesgo de deterioro que esto significa.

“Y en la calle voy a la feria, vendo mi cachureo, o sea de repente compro y vendo y como se dice, trabajar todo el día en la feria (...) cuando me hago de un poquito más de monedas porque tenemos que juntarlas, con lo que me sobra le compro su almuerzo: porotos, de repente lentejas o tallarín, Juguito, cuando tengo más plata le compro pollito asado, cuando se puede compramos, o si no, a veces esperamos la comida de acá (de la hospedería) en la noche. Al niño le compro una jalea o un postre”.

“Yo más que nada como completos, o sea a mi no me interesa la comida del almuerzo, me da lo mismo porque yo estoy acostumbrada, porque cuando vivía en la calle había días enteros que no comía, de repente en la noche comía”.

Las personas en situación de calle deben desarrollar obligadamente, la habilidad de reconocer recursos y oportunidades en su entorno, para aprovecharlas en beneficio de sus necesidades. La diversidad de estrategias y el manejo de varias opciones, otorga un piso básico de seguridad que permite cubrir incluso los espacios donde las instituciones de apoyo disminuyen la intensidad de su trabajo o entran en receso, como ocurre en fin de semana. Estas diversas opciones hacen pensar en la definición de circuitos de calle donde distintos recursos se complementan virtuosamente cubriendo distintos ámbitos de necesidad de las personas y en distintas jornadas.

En el caso de Patricia y Joaquín, luego de trabajar todo el día en el sector de La Vega, se van a la casa de acogida de la Fundación Gente de la Calle, a

tomar once y, los fines de semana, a almorzar. Luego se van a cenar y dormir a la Hospedería Francisca Romana.

“Yo vengo a almorzar los fines de semana, cuando estoy todo el día en la calle, yo paso porque deajo un bolso para no andar con él, y en la tarde lo paso a buscar, y a veces cuando alcanzamos once, alcanzamos. Nos dan quesito o pan con huevo, chancho... comemos los dos, ahí (Francisca Romana) dan buenas comidas”

PROYECTOS

“Veo la vida que yo tengo... no es la que yo quería, no sé... como que la tengo y hay que aceptarla, yo misma no veo cómo podría hacer más”

Patricia está empeñada en tener su propia vivienda, para lo que ya está ahorrando. También, quiere tener una fuente laboral ligada a su trabajo de comerciante, aunque éste le parece muy sacrificado, pues le demanda mucho esfuerzo, especialmente porque no tiene permiso municipal para vender en la calle, lo que hace que deba ejercer esta actividad de manera ilegal, escabullendo permanentemente el control policial. Aún así, ella cree que trabajando de comerciante, con las ayudas y permisos necesarios, ella podría salir adelante. Además, está dispuesta a terminar sus estudios porque identifica la educación como una herramienta de cambio y mejoramiento efectivo de la calidad de vida.

Esta motivación hace pensar en la eficacia potencial que pueden tener diversas ofertas de mejoramiento a las competencias educacionales y laborales, cuando definen como premisa principal para la eficacia de sus intervenciones, el grado de compromiso de las personas. Por otra parte, las competencias y destrezas de población de calle, que ha desempeñado actividades de baja calificación, pueden estar disminuidas pero existen y, por lo mismo, deben ser identificadas adecuadamente para explorar el umbral vocacional de quienes están en edad productiva y además tienen interés por desarrollar alguna activi-

dad particular. De igual forma, el esmero puesto en la adopción de estrategias de auto sustentación, desarrolla naturalmente una inclinación natural por el emprendimiento, perfil que con una buena intervención de respaldo, puede derivar muy positivamente en la generación de pequeños negocios o micro emprendimientos que pueden servir para mejorar esas estrategias de generación de ingresos.

“Ja! Ja! Ja! Mi mente es estar en una oficina sentada escribiendo o anotando... hacer trabajos de oficina, como ayudanta, porque una vez cuando estuve en Rancagua me pasaron para marcar las tarjetas, y me gustó, y mi mente es escribir, porque me gusta escribir”.

“Mi proyecto... me gustaría tener una ayuda, que me pusiera un kiosquito para poder circular en la calle (...) el comercio porque yo misma me fui haciendo, porque con el defecto que tengo, yo puedo trabajar pero no como todos, porque la mano no me ayuda tanto, no soy capaz, pero igual me gustaría trabajar si alguien me apoya, y como no tengo la escuela terminada...”

La importancia de las redes de soporte adquiere una relevancia todavía mayor, cuando se analizan las posibilidades reales de que las iniciativas o pequeños emprendimientos de las personas, sean viables y se puedan sostener en el tiempo. Desde luego, la formalización de las actividades que son propias de la vida económica en calle, pueden parecer requisitos ineludibles para el mejoramiento de las condiciones en las que se desempeña esa actividad.

Pero también, la reducción de brechas de competencias para participar de la vida económica y social, con autonomía y con riesgos controlados, es un proceso que se puede lograr de manera progresiva, por la vía de diversas intervenciones que, en general, ya existen y forman parte de los servicios, programas y prestaciones de la red social del Estado y de algunas ONG's que complementan esto apoyando emprendimientos solidarios. Por lo tanto, la conexión con estas oportunidades parece ser un eslabón elemental para que los sueños y aspiraciones se concreten en proyectos y metas realizables.

“Hay días buenos y otros no tanto, igual con el tiempo... o sea si tuviera una ayuda me pondría algo fijo, un permiso, porque de repente en marzo se pone fregado, llegan los carabineros y nos quitan las cosas”

“(Respecto a terminar los estudios) Si, igual para poder ser un poquito otra, no como soy, así porque yo veo la vida que yo tengo... no es la que yo quería, no sé... como que la tengo y hay que aceptarla, yo misma no veo cómo podría hacer más, como yo misma hago las cosas, porque me pueden ayudar, apoyar, pero nadie esta a mi lado...”

“En mi mente está todo, tengo que juntar plata, porque yo entrego plata para la casa, para que me la junten... si resulta que voy a tener que tener plata para la luz y el gas, igual es penca, pero ahora va a salir mi casa y también pienso cómo le voy hacer, porque tengo que estar preparada para tener entradas para la casa. Lo único que quiero es salir... surgir...vivir como la gente decente”